

**“MUJERES QUE SIRVEN AL SEÑOR”
(LUCAS 8:1-3)**

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)

Domingo 22 de enero de 2006

***1 Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él,
2 y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios,
3 Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían de sus bienes.***

V. C. LA MUJER ES UN PODEROSO AGENTE ACTIVO DENTRO DE LA OBRA DEL SEÑOR.

Desde los tiempos más antiguos la mujer ha participado eficazmente en el extendimiento del reino de Dios en la tierra.

La Biblia habla mucho de ellas. Casi mil pasajes las mencionan. Yo encontré novecientos veintidós versículos con las palabras mujer o mujeres.

Podemos ver a las mujeres siendo usadas poderosamente por el Señor como profetisas, por mencionar algunas están María, hermana de Moisés (Éxodo 15:20). Débora (Jueces 4:4). Hulda (2 Reyes 22:14). Ana (Lucas 2:36). Las hijas de Felipe (Hechos 21:9).

También las encontramos como gobernantes. Dice la Biblia: *“Gobernaba en aquel tiempo a Israel una mujer, Débora, profetisa, mujer de Lapidot”* (Jueces 4:4).

Asimismo las encontramos como evangelistas. Dice un salmo: *“El Señor daba palabra; había grande multitud de las que llevaban buenas nuevas”* (Salmo 68:11). La Versión Reina Valera Revisada 1995 dice: *“El Señor daba la palabra, multitud de mujeres anunciaba las buenas nuevas”*. En el Nuevo Testamento las vemos sirviendo al Señor con cargos de liderazgo en las iglesias como Evodia y Síntique en la iglesia en Filipos, Priscila en las iglesias en Éfeso y Roma y Febe en la iglesia en Cencrea.

Permítanme citar el capítulo dieciséis de Romanos para enfatizar el trabajo de la mujer dentro de la Obra del Señor: Febe (1); Priscila (3) María (6); Trifena y Trifosa (12); Pérsida (12); La madre de Rufo (13); Julia (15) y la hermana de Nereo (15).

Por todo esto, notamos que la mujer no sólo ha tenido, sino tiene una participación importantísima dentro de la Obra del Señor, pues no sólo en los tiempos bíblicos, sino en el día de hoy, observamos su enorme y continuo esfuerzo por servir a su Rey y Señor.

Veamos cómo las mujeres servían al Señor Jesucristo y tomemos estímulo con su ejemplo.

1º NOTEMOS SU CONSAGRACIÓN. (8:1-2a).

“Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él, y algunas mujeres...”

Además de los doce, ellas estaban con ÉL. Habían decidido seguirlo.

Nuestro Señor Jesucristo había decidido hacer una campaña evangelística en toda Galilea yendo a todas las ciudades y aldeas.

El texto original griego da a entender que Jesús visitó ciudad por ciudad, así las grandes y pequeñas, así las aldeas, villas y caseríos de la campiña.

La versión Reina Valera Actualizada traduce: *“Aconteció después, que ÉL andaba de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, los doce iban con ÉL y también algunas mujeres...”*.

Y estas mujeres también decidieron seguirlo a todas partes, manifestando así una consagración completa, total e incondicional.

Es interesante observar en los evangelios sinópticos que desde el día que ellas decidieron seguirle lo hicieron hasta el fin y nunca más le abandonaron.

(1) Le siguieron en la extenuante predicación del evangelio por toda Galilea. Dice la Biblia: *“Estaban allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo” (Mateo 27:55-56)*.

(2) Le siguieron también hasta Jerusalén. Lucas 9:51 dice que cuando llegó el tiempo en que ÉL había de ser recibido arriba, ÉL afirmó su rostro para ir a Jerusalén y enfrentar la muerte. Pues estas mujeres también le siguieron hasta allá. Dice el evangelio: *“También había allí algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y Salomé, quienes, cuando ÉL estaba en Galilea, le seguían y le servían; y otras muchas que habían subido con ÉL a Jerusalén” (Marcos 15:40:41)*.

(3) Ellas le siguieron hasta la misma cruz. Dice ahora Lucas: *“Pero todos sus conocidos, y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, estaban lejos mirando estas cosas” (Lucas 23:49)*.

(4) Ellas le siguieron hasta el mismo sepulcro. Lucas dice: *“Y las mujeres que habían venido con ÉL desde Galilea, siguieron también y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo. Y vueltas, prepararon especias aromáticas y unguentos; y descansaron el día de reposo, conforme al mandamiento” (Lucas 23:55-56)*.

(5) Ellas le siguieron hasta la misma resurrección. *“El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, trayendo las especias aromáticas que habían preparado, y algunas otras mujeres con ellas. Eran María Magdalena, y Juana, y María madre de Jacobo, y las demás con ellas, quienes dijeron estas cosas a los apóstoles” (Lucas 24:1,10)*.

Sí, ellas decidieron seguir al Señor hasta el fin.

Es valioso notar que eran mujeres comunes, amas de casa, esposas, madres de familia, pero que no desaprovecharon su oportunidad de seguir a Cristo.

Las mujeres de hoy ya no pueden seguir al Señor físicamente como ellas, pero sí pueden decidir consagrar su vida a su servicio.

Amadas hermanas, ¿Han decidido seguir a Cristo hasta el fin?

2º NOTEMOS SU MOTIVACIÓN. (8:2b-3a).

“... que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas...”.

El texto dice que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades. Ellas eran un ejemplo vivo del poder y la misericordia del Señor, por eso, su mejor motivación era el intenso amor y la profunda gratitud que sentían.

Ellas habían experimentado en carne propia las bondades de la ternura y la misericordia de Cristo. Su poder sanador las había envuelto, se habían sentido abrazadas por la infinita gracia del Salvador, habían sido objeto del amor eterno del Maestro y se sentían protegidas y amparadas por su inmenso poder y fuerza.

Ciertamente ellas no necesitaban más razones para seguir y servir al Señor con todo su corazón, con todas las fuerzas de su ser. Aunque los evangelios nos dicen que eran varias mujeres y sólo se nos proporcionan los nombres de cinco, parece ser que todas ellas habían sido sanadas de espíritus malos y de diversas enfermedades.

Se nos habla de María Magdalena, es decir, nativa de la ciudad de Magdala, una pequeña población muy cerca de Capernaum; de quien el Señor había echado siete demonios. Hay quienes piensan que debió ser una mujer muy pecadora, incluso la identifican con la mujer que ungió los pies del Maestro con un perfume y que se nos narra en el capítulo siete de Lucas, pero nada hay que la relacione con ella. Lo que sí indica el texto es que de ella habían salido siete demonios por el mandato poderoso de Cristo. El hecho de que se mencionen siete, es probablemente para indicar el más alto estado de congoja. Ella sufría el peor estado que se puede imaginar. Pero esta calamidad no implicaba de manera alguna que ella fuera culpable. Su caso era muy lamentable, pero no criminal.

Pues ella, no hallaba la mejor manera de demostrar al Señor su gratitud por haberla librado de un estado desastroso y de una condenación segura, por haberle devuelto la Esperanza y el gozo de vivir. Por eso, ella decidió servirle.

Matthew Henry dice que entre los discípulos de Cristo, nadie demostró tanto amor y tanta fidelidad como ella. La vemos al pie de la cruz y al lado de la tumba vacía de Cristo. Con razón, fue ella la primera testigo ocular de la resurrección del Señor.

Amadas hermanas, ¿Podrán encontrar ustedes también motivos poderosos para servir al Señor como los encontró María Magdalena?

También se nos habla de Juana, mujer de Chuza o Cuza, quien era un funcionario no judío de la administración de Herodes Antipas, era el mayordomo o administrador de su reino. Algunos sugieren que era creyente, por lo que no tuvo empacho en permitir a su mujer seguir a Jesús. Otros, piensan que era viuda, y al estar sola, tuvo todas las ventajas para servir al Maestro con su persona y con sus cuantiosos bienes de fortuna. Sea como fuere, ella servía al Señor motivada por el amor y la gratitud.

De la otra mujer, Susana, no se nos dice más, pero estamos seguros que también era una mujer agradecida con el Señor.

Pablo dijo: *“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Romanos 12:1).* En otras palabras, motivados por la gratitud por las muchas misericordias del Señor, debemos servirlo en sacrificio vivo y santo.

Y es que, la semilla del desaliento que siembra el diablo no puede florecer en un corazón agradecido. Ni el desánimo, ni la frustración, ni la tristeza tienen lugar en un corazón agradecido para con Dios.

No hay mayor motivación que la gratitud a Dios. *“Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia” (Hebreos 12:28).*

¿Serviremos al Señor siempre motivados por la gratitud?

3º NOTEMOS SU DEDICACIÓN. (8:3b).

“... que le servían de sus bienes”.

La Biblia dice que le servían de sus bienes, lo cual es parte esencial de la mayordomía integral de la vida.

Al Señor también se le sirve con los bienes. Así lo enseña la Biblia: *“Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos; y serán llenos tus graneros con abundancia, y tus lagares rebosarán de mosto” (Proverbios 3:9-10).*

La Biblia relata que varias mujeres ungieron al Señor con perfumes costosos. Como la mujer pecadora que entró en casa de Simón el fariseo y ungió los pies de Jesús (Lucas 7:36-50); María la hermana de Marta ungió al Señor con un perfume que valdría el salario de un jornalero en todo un año (Juan 12:1-8). Otra mujer le ungió en casa de Simón el leproso en Betania (Mateo 26:7).

Y este grupo de mujeres que acompañaron a Jesús desde que le conocieron en Galilea, le servía con sus bienes. Algunos piensan que sólo les preparaban la comida, cuidaban de todo lo que atañe a la vida material, brindándoles todos los servicios domésticos que ellos no podían atender. Es probable que así haya sido, pero la verdad, es que el texto dice que también servían a Jesús con sus bienes, con sus haciendas. En otras palabras, mantenían con sus ofrendas el ministerio de Jesús y sus apóstoles. Escribe Fausset en su comentario: *“¡Bendito Salvador! ¡Nos enternece verte viviendo del amor de tu pueblo redimido! Que te traigan sus humildes ofrendas no nos sorprende y que ante la gran riqueza espiritual que tú les prodigas, ellas traten de darte lo mejor que tienen, sus vidas, sus dones, sus talentos, su tiempo y sus bienes. Lo que nos sorprende y maravilla es que tú, siendo como eres, el supremo Rey, Señor Dios Todopoderoso, te dignes tomarlo de la mano de ellas y subsistir sólo de lo que ellas pudieran darte. ¡Oh profundidad de tu humildad y de tu gracia!”.*

¡Ojalá que especialmente las mujeres y cada uno de nosotros tomemos la mejor decisión y sirvamos a Dios con consagración, motivación y dedicación! Al fin de cuentas esa es la voluntad de nuestro Señor. ¡Así sea! ¡Amén!

Pastor Emilio Bandt Favela